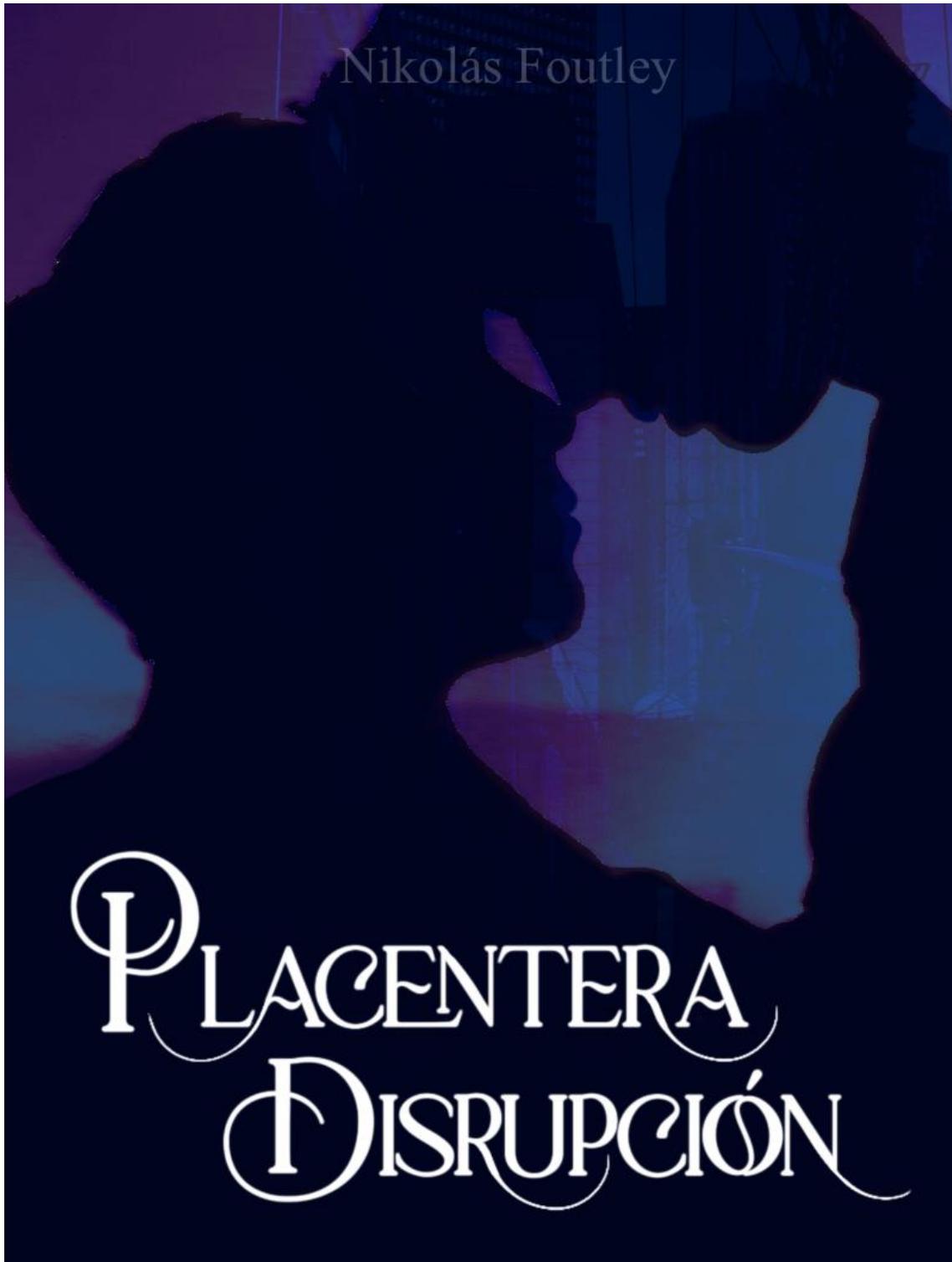


Placentera Disrupción

Nicolás Foutley



Capítulo 1

Prólogo

– ¿Te gusta lo que ves? – Preguntó al fin, recayendo en que yo había estado contemplándolo silenciosamente quién sabe por cuánto tiempo.

Me sentía sobrecogido y la sonrisa ladina que me mostró luego, confirmó que consiguió lo que sea que quería con mi reacción.

– Bueno, quizás la respuesta no sea un misterio. Digo, – recostándose aún más sobre mí, acortando aún más los ya de por sí escasos centímetros que nos separaban. – me seguiste hasta aquí...

– N-no te estaba siguiendo. – ¡¿Por qué diablos tartamudeé?!

Con respecto a él, sus cejas se arquearon.

– ¿En serio? – Cuestionó en un susurro que emanó un ligero olor a licor. – ¿Qué podría traer a un estudiante de preparatoria a este arrabal? – Preguntó, arreglándose el saco. – ¿Algún proyecto escolar? – Continuó, en tono burlón.

Solo hasta ahora me había percatado que, lo que cubría gran parte de sus brazos no era un estampado; eran tatuajes.

¿Habré pasado de mal a peor?

Estaba nervioso y muy ansioso. Aún me cuestiono qué me movió a meterme en este laberinto de callejones, y allí estaba con el tipo a quien no había conseguido sacar de mi mente durante semanas.

– Quizás si llame a tus amigos quieras responderles a ellos... – girándose para exponer su cuello, también cubierto de tinta, siendo mi primer reflejo aferrarme a su suéter.

– No...– casi en una súplica.

Ni siquiera se inmutó y solo se limitó a pasar sus ojos de mi mano temblorosa en su tela y luego a mis ojos.

– Convénceme de no hacerlo. – Ahora su tono de voz era amenazante.

Nunca me había imaginado en una situación más bizarra. Era como estuviera siendo el espectador en tercera persona de lo que sea que

estuviera ocurriendo en ese momento.

Mi piel se sentía fría, pero solo eso podía sentir. El resto de mi cuerpo parecía estar bajo los efectos de una anestesia.

Era un hecho que, consciente de ello o no, había sido movido hasta ahí por él. Pero, ahora que lo tenía frente a mí, producto de que ni siquiera entendía mis propias intenciones, no sabía qué más hacer a partir de entonces.

– No... no sé qué decir... – Supongo que sí me merezco esa paliza, después de todo.

¿Qué esperaba? ¿Qué pretendía?

– No soy nadie para cuestionarte, – Me arremetió contra el muro y solo hasta ahora confirmé que aún tenía pulso, pues mis latidos resonaban como un tambor en mis tímpanos. – pero con ese uniforme y tu apariencia tan vulnerable, ¿crees que fue buena idea adentrarte a esta boca del lobo?
– No, sé que no lo fue.

Así que, solo me restaba salir de allí.

O, eso quería.

– Pensándolo bien. – Agarrándome del cuello con brusquedad. – A lo mejor este sea el mejor momento para demostrártelo. – Mostrándome por primera vez sus dientes, con una sonrisa siniestra.

De pronto, todo nerviosismo y dubitación se esfumó.

En busca de una respuesta, vislumbré cómo había sido mi vida hasta ese momento, percatándome de que, si bien estar ahora frente a un potencial asesino en serie era lo último que esperaba para el fin de mis días, la premisa no me era tan avasallante.

Estaba tan hastiado de mi existencia que me aventuré sin rumbo, dando a parar en quien incentivó inadvertidamente este impulso.

Era mi némesis perfecta, y quizás lo que necesitaba para quebrantar mis límites.

– Adelante. – Instigué, desafiante, viendo cómo fugazmente su rostro mostró una expresión de asombro que pasó a ser de avaricia.

Lo siguiente que sentí fue un fuerte golpe que extrajo todo el aire del que disponía, y cuya incipiente necesidad fue frustrada por el azote brusco de una sensación húmeda que inundó toda mi boca, para acto seguido

obligarme a seguir el ritmo de lo intuí fue su lengua contra la mía.

– Recuerda que... tu accediste. – Pronunció con la respiración pesada, sin darme oportunidad de objetar.

Capítulo 2

Capítulo 1

– Creo que esa era la última caja. – Dijo mi padre, colocándola sobre la encimera, mientras yo me dirigía al apartado que sería mi dormitorio.

Fue un camino largo, desde nuestra residencia en la costa, hasta la ciudad.

Los edificios habían sido el paisaje por la menos media hora antes de llegar a nuestro destino, lugar donde me quedaría antes de que iniciaran las clases.

En parte me sentía ansioso, no quería defraudar a mis padres después de toda la confianza que habían depositado en mí.

Mi hermana ya era una universitaria experimentada y dominaba el arte de estar lejos del regazo familiar, pero también era mayor, por lo tanto, tenía más libertades que yo, pero me había esforzado para demostrarle a nuestros devotos padres que también podía dar la talla, así que no me echaría hacia atrás pese a mi incertidumbre.

Sin embargo, le expectación de estar por mi cuenta era desafiante. Había estado todo el tiempo supervisado que, si bien no me resultaba sofocante, quería saber cómo se sentiría valerme por mí mismo, incluyendo el peso de mis decisiones y sus repercusiones, fueran las que fueran.

O algo parecido fue lo que les dije para convencerlos de dejarme estar por mi cuenta.

– ¿Seguro que trajiste contigo todo lo que necesitabas? – Mi madre, tan atenta como siempre, me miraba en espera de una respuesta.

– Sí, pero en caso contrario, supongo que no hay nada que no pueda conseguir en alguna tienda de conveniencia cercana. – Aseguré, dando una rápida vista al lugar para salvaguardar mi respuesta.

Todo el apartamento era un espacio bastante austero para una persona, con dormitorio, sala, comedor, área de lavado con un pequeño balcón, cocina y un baño bastante amplio.

Era mucho más modesto que nuestra casa, pero lo suficientemente cómodo para mí.

– Ya terminé de colocar la despensa. – Anunció mi hermana, Ágatha, para después dejarse caer en la que sería mi cama, sobre mi ropa doblada.

Ahora olería a ella.

– Esa ropa estaba limpia. – Reclamé.

– Y ahora tiene la mejor de las fragancias. De nada. – Respondió sonriente, y yo agradecí tener suficiente tiempo para extrañarla.

– Supongo que eso es todo. – Anunció mi padre, completando el cuarteto.

Acto seguido, se acercó a una de las ventanas para mirar al exterior, mientras mi otra progenitora registraba el resto del espacio.

– El lugar es agradable, pero recuerda que estamos a una llamada si necesitas algo. – Comentó, moviendo las cortinas para dejar entrar la luz exterior, evidenciando que habíamos pasado gran parte del día en el ajetreo de la mudanza, pues ahora, los tonos anaranjados fueron el matiz que colorearon la habitación.

– Aunque, sabes que llamarnos regularmente también nos haría feliz. – Siguió.

Y saberlo me hizo sentir a gusto.

Como habíamos venido antes a inspeccionar el lugar y la zona, se habían convencido de que mi estadía allí sería lo más recomendable si deseaban que estudiara en la academia que también había sido el alma máter de mi padre.

Por al menos un año, había estado quedándome en hostales hasta que se consideró que debía mudarme lo más cercano a mi centro de estudios.

La decisión se tomó a raíz de que, debido a la agenda y negocios de mis progenitores, se les haría muy complicado cambiar su estilo de vida solo por mí, por lo que me di a la tarea de convencerlos de que, podría valerme por mí mismo viviendo por mi cuenta, siempre y cuando, les diera de tiempo en tiempo una actualización de mi estadía.

La Academia de Futuros Líderes Sir Geoffrey Conrad, una institución dedicada a la educación de la población masculina pubescente que tuviera la dicha de ser admitida, fue la razón del cambio en mi estilo de vida.

Era una casa de estudios renombrada, cuya estirpe, no solo la había catalogado como una de las más destacadas en el continente, sino también que, por su ejemplo de resiliencia, había dado cátedra de cómo

imponerse pese a los altibajos de los que había sido protagonista, saliendo victoriosa en cada oportunidad.

El prestigio que se había ganado a pulso se había concebido a sangre y fuego, y, como se leía en su emblema "¡Que nunca por vencidos se conheçam!", "¡Que nunca por vencidos se conocerán!" sucumbir al escrutinio público nunca sería una opción.

– Ya sabes que dispones de una cuenta de banco a la cual acceder periódicamente en caso de emergencia. – Me recordó el cabeza de familia.
– También sabes que debes administrar tanto tu tiempo como tus divisas.

"Divisas" No podía negar que era hijo de un comerciante.

– Estoy segura de que Elliot sabe todo eso de memoria, Archie. – Apodo con que su esposa lo llamaba. – Así como que lo vamos a extrañar mucho. – Aseguró, abrazándome por detrás.

– Lo sé. – Continuó él, acercándose a mí. – Después de todo, eres el siguiente representante de los Cave. – Colocando su mano sobre mi hombro. – Sé que nos harás justicia. – Aseguró, sonriente.

Su gesto no pretendía ser intimidante, pero me sentí minúsculo en cuanto mencionó nuestro apellido.

– Dejen de presionarlo. – Intervino mi hermana. – Ni que fuera a una academia militar. Si yo sobreviví a Juna de Arco, él también lo hará en la Conrad. – Haciendo mención a la contraparte femenina, la Academia de Jóvenes Ilustres, Juana de Arco.

En esa academia, al igual que nuestra madre, mi hermana había dejado lo mejor de su lozanía, poniendo en alto el mismo apellido que ahora me tocaba a mí representar, aunque no fuera en la misma institución.

– Lo sabemos. – Aseguró nuestro padre, dejando libre mi hombro derecho, no sin antes haberlo apretado, como si hubiera querido que su mano se quedara tatuada en él.

Yo solo esperaba que la creciente ansiedad que subía por mi esófago no fuera más que los nervios por este nuevo desafío, así como me aseguraba de que no fuera percibida por quien tenía unos ojos muy parecidos a los de mi hermana, pero más demandantes.

Ya había tomado seminarios allí y no había ninguna palabra que definiera a la academia mejor que "estricta".

Sin embargo, la mayor fuente de presión provenía del peso que ejercían las cuatro letras que formaban mi apellido y el legado que las

generaciones anteriores con el mismo destino que el mío se habían encargado de representar.

Mis manos temblorosas se sentían incómodamente húmedas, obligándome a frotarlas disimuladamente sobre la tela de mi pantalón.

“Esto es temporal, esto es temporal, esto es temporal...”

Me repetí lo suficiente hasta que mis latidos se regularizaron.

No sería la primera vez que estaría en una institución similar. Esa era la actitud que se esperaba de mí.

Ya debería estar habituado.

– Bueno, no hace falta repetirle lo que sabe de memoria. – Siguió mi madre. – Además, casi es hora de que nos veamos con Matías. – Continuó, mirando su reloj.

Los cuatro nos alistamos para salir, no sin que antes hubiera llamado a Matías, quien vivía a diez minutos en autobús de nuestro lugar de encuentro, en un complejo de apartamentos parecido al mío, para que nos viéramos en un parque con juegos infantiles al que nos habíamos detenido seguido, pues la dependienta de una tienda de helados artesanales vendía el mejor ejemplar de caramelo que hubiera probado jamás.

Ambos éramos amigos por correspondencia desde hacía al menos tres años, y nuestra amistad no hizo más que afianzarse cuando aplicamos un año atrás en el examen de admisión de la academia, en la que fuimos admitidos.

Era alguien amable y muy tranquilo, como yo, y por eso me sentía tan a gusto en su compañía y, mudándome a un sitio nuevo, tenerlo de compañero, resultaba ser todo un alivio.

Al llegar al parque, habían aún algunos niños jugando y corriendo de un lado a otro, imagino que por el clima y producto de que las vacaciones aún les permitían cierto ocio.

Era bastante amplio, con un acceso a un barandal en el fondo que daba a una carretera contigua y que permitía ver una vista más general de la ciudad.

Recuerdo haber quedado hipnotizado la primera vez que la vi desde allí.

– ¿Me esperaron por mucho tiempo?

Cuestionó el moreno, siendo lo primero que anunció su llegada pues yo estuve distraído viendo cuánto podían resistir unos niños sobre un juego giratorio destinado a no solo desafiar la fuerza centrípeta, sino también sus estómagos.

– Llegaste al momento justo. – Comunicó mi madre, acariciándole el cabello.

– Ya nos vi igual de puntuales el primer día de clases. – Me acerqué, mostrándole una sonrisa.

– Depende, ¿habrá helado también? – Cuestionó, devolviéndome el gesto.

Y así, continuamos hablando, poniéndonos al tanto de los pormenores en los últimos días, mientras mis padres rondaban el parque, y mi hermana se distraía con su celular, sentada en uno de los bancos.

Poco después, Matías y yo, en cambio, nos dirigimos a la heladería a conseguir lo que nos había traído allí en primer lugar.

– Ya nos imagino escribiendo nuestros honores: “Todo comenzó con un helado de caramelo...” – Expandiendo sus brazos, mirando al horizonte.

– Tienes tus metas muy claras. – añadí, alejándonos del barandal. – Aún no comenzamos y ya sabes lo que escribirás para nuestra graduación.

– Supongo que estoy emocionado. – Suspiró. – No pensé que pudiera conseguir la beca.

– Te dije que mis influencias con la mafia eran fiables. – Guiñándole el ojo, para aligerar el ambiente.

Él volvió a sonreír.

Él, a diferencia de mí, dependía de un buen promedio y referencias para poder ingresar a la academia, razones por las que estuvo estresado por mucho tiempo, pero eso había quedado atrás.

– ¿Crees que tus influencias puedan abastecernos de helado cuando se nos antoje?

– Lamento decirte que sus capacidades no alcanzan los estándares para la entrega de productos refrigerados. – Subiendo mis hombros.

El parque tenía visita de personas de distintas edades, caminando y hablando por aquí y allá, con ropa lo suficientemente estilizada como para

recordarme que ya no me encontraba en la costa.

Estuvimos bromeando hasta llegar al frente de la puerta de cristal, de la cual, desde el otro lado, podían verse las delicias heladas, y habría sido una proeza insignificante estar más cerca de ellas, de no haber sido por un grupo de niños que batallaban por entrar al mismo tiempo que nosotros por el estrecho hueco de la puerta con capacidad máxima de apenas dos personas.

Se habían puesto de acuerdo para desafiar el orden público con una trifulca en busca del manjar azucarado, desesperados como adictos a su sustancia predilecta; así de buenos eran esos helados.

– Será mejor que esperemos un rato. – Sugirió Matías, mientras decidimos movernos a un costado.

Seguimos conversando de nuestras vacaciones y nuestros planes en la academia, percatándome de que, a diferencia de él, yo no me sentía tan emocionado como esperaba estarlo próximo a nuestro inicio de clases.

No podía asegurar que la conversación previa con mis padres había repercutido en mí, pero pensar en mis obligaciones y todo lo que conllevaba representar mi apellido, quizás si estaba predisponiendo cierta presión sobre mí.

Eso, y que mi nueva vida apartado de ellos, implicaba que debía valerme por mí mismo, ahora que estaría desprovisto de todas las comodidades y costumbres de alguien que nunca había vivido solo.

– Elliot, ¿estás bien?

– Sí. – Le sonreí. – Supongo que me falta azúcar.

Volteó hacia la puerta de nuevo.

– Parece que ya se despejó la entrada. – Dijo, y nos propusimos a reclamar nuestro turno para empalagarnos.

Él se adelantó, para asegurar nuestra oportunidad de poder al fin ingerir algo, mientras yo estuve unos pasos más atrás de él.

Ya cuando se me concedió un turno para acercarme, uno de los hiperactivos clientes, de al menos un metro, se las arregló para meterse entre mis piernas y en las de otro comensal que iba saliendo, solo para hacerme tastabillar y hacer que casi le embarrara el aperitivo a éste, en mi torpe intento de no caerme, mientras mis manos se apoyaron en la

primera superficie que encontraron.

– ¡Disculpe! – Me apresuré a decir, apartando mis ojos de su chaqueta oscura una vez mis brazos a sus costados evitaron que colapsara con él, para acto seguido, mostrarle mi rostro, y asegurarle que mi expresión era sincera en cuanto le di espacio, solo para encontrarme con una vista que me dejó con una impresión inesperada.

Tenía más metal en el rostro del que se podría esperar del consumidor promedio de este tipo de postres, con piercings en una de sus cejas, su nariz y en los lóbulos de sus orejas, que se complementaban sinérgicamente con su aura despectiva, invitando a cualquiera a todo, menos a acercársele.

Incluso el destacable trazo de las patas de algún insecto, igual de oscuro que le resto de su indumentaria, sobresalía debajo del cuello de su suéter hacia su nuez de Adán.

Su rostro y altura indicaban que debía rondar los veinte, aunque su expresión se veía más madura y menos amenazante de lo que esperaba.

Supongo que los helados no discriminaban a sus consumidores, y tener al claro ejemplo a pocos centímetros de mi cara, me reafirmaba una vez más la validez de la delicia que también estaba a punto de ingerir.

Un manjar indiferente de su solicitante.

Sin embargo, no podía descartar que, lo que me había causado el espasmo, fueron sus ojos.

No creo haber visto antes a nadie con una mirada así de intensa, y con una profundidad azulada igual de penetrante en persona.

En algún momento de mi estupor, sus facciones se suavizaron en una expresión más risueña en cuanto detectó mi evidente asombro.

– No hay nada qué lamentar. – Aseguró, mostrándome su producto, y luego sacando su lengua, también adornada con otra pieza metálica, para hacerme partícipe de la saboreada que le propinó a su postre verde menta con chocolate, antes de alejarse con una sonrisa satisfactoria.

La vista me había dejado aún más estupefacto.

Deliberadamente había actuado sin ningún decoro, mientras se encontraba rodeado de niños y otras personas, con ropa menos oscura y apariencias más convencionales, como si hubiera querido enfatizar lo contrastante y contradictorio que se veía su presencia allí, alardeando de

todo ello.

Aunque, pensándolo bien, estaba en la ciudad. Una vez más éste encuentro me confirmó que me encontraría con personas de todo tipo, quizás incluso más llamativas.

– ¡Elliot! – Me llamó mi amigo, recordándome por qué estaba ahí.

Me había quedado observando al tipo alejarse sin haberme percatado.

– Voy. – Respondí más para mí mismo, acercándome al mostrador.

Matías pidió su sabor predilecto y yo hice lo mismo, intentando no darle más vueltas a lo que había ocurrido, pese a mi impresión.

– Pensé que nunca lo tendría en mis manos. – Comentó el moreno, feliz, consumiendo su glaseado, aparentemente inadvertido de lo que me había sucedido. – ¿Estás emocionado por el inicio de clases?

– Sí, claro que sí. – Respondí, dando la primera lamida a mi helado, saliendo del local, agradeciendo al instante de que estuviera lo suficientemente cerca como para convertirme en un asiduo consumidor.

– ¡Yo también! – Expresó emocionado – Quizás tenga alguna oportunidad con alguna agraciada de la Juana de Arco... – Continuó, mientras nos dirigíamos al banco donde estaba mi hermana.

El clima era agradable, y la temperatura comenzaba a descender, al igual que el sol, casi imperceptible entre las nubes que se teñían de un color anaranjado en su descenso.

Seguí engullendo mi aperitivo, mientras pensaba en cómo sería mi primera noche solo, al tiempo en que un ave se posó en una rama opuesta al sol, alargando su silueta en el suelo.

Capítulo 3

Capítulo 2

Llevaba varios minutos, quizás horas, repasando la misma página del libro de historia intentando encontrarles coherencia a las formas que debido a mi estado anímico no se me hacían más que garabatos sin sentido.

Pero, no tenía excusa, ya debía estar acostumbrado.

Era lo mismo todos los días.

Tenía más de un año con la misma rutina.

En la clase extracurricular de Historia de Mesopotamia, si bien el tema no me era del todo soporífero, ese día en particular dudaba poder asegurar que el aire bombeaba sangre a mi cuerpo, pues no podía sentir nada.

Era como si mi piel y músculos se hubieran convertido en arcilla y ahora formara parte de los bustos de luminarias en cuanto ámbito académico se pudiera pensar, prolija y perfectamente acomodados sobre los altos libreros de caoba que se imponían sobre mi cabeza.

La verdad es que sería tildado de ingrato si alguien pudiera leer mi mente. Se suponía que debería sentirme conorgatulado de pertenecer al selecto grupo de educandos lo suficientemente prolíficos como para poder ingresar a tan exclusiva clase, codeándonos incluso con estudiantes de la mismísima universidad de Yale, de la que la Academia de Futuros Líderes Sir Geofrey Conrad, donde estaba, tenía el honor de ser apadrinada.

Claro, en tal ambiente de élite, la presunción y la arrogancia eran la norma, y donde la condescendencia es eufemismo de la hipocresía unánime junto al más cordial de los tratos, están a la orden del día, de la cual admito que no estoy libre de pecado.

Es como dijo una vez el hombre que se encontraba inmortalizado de hombros hacia arriba en el librero dedicado a la zoología, a pocos metros de donde estaba: "Las especies que no se adaptan a los cambios, están destinadas a desaparecer" – Charles Darwin.

Imitarlos era lo que me alejaba del ostracismo.

– Elliot.

Pero me pregunto qué pensaría ahora de la evolución humana.

– Elliot.

O quizás, involución.

– ¡Elliot! – un sutil empujón en mi hombro, me trajo de nuevo al presente.
– La clase ya terminó. – Comentó divertido.

Pese a lo anterior, no todos mis compañeros presentaban ese perfil. Matías Brokar era de un carácter más apacible y agradable, quizás demasiado para su propio bien, pero al menos era lo suficientemente afable como para mantener una conversación en la que no presumiera algo.

Bueno, eso y que era becado, y quizás por eso no podría competir en enumerar propiedades y otros lujos que los fanfarrones de nuestro círculo social suelen alardear, y eso lo hacía mucho más tolerable que el resto y, en definitiva, mucha mejor compañía.

– ¿En qué estabas pensando? – me preguntó, mientras guardaba su cuaderno de apuntes, haciendo que con el movimiento se mecieran alguno de los risos negros que se negaban a mantenerse detrás de su oreja.

– Nada en específico. Quizás tenga hambre... – Respondí, desinteresado.

– ¿Qué tal si invitamos a alguna de las chicas de la Academia de Jóvenes Ilustres, Juana de Arco a que nos acompañen? – En nuestra plena adolescencia, supongo que era normal que las féminas suscitaran su interés, en especial porque cuando pasas tanto tiempo con los de tu mismo género, cualquier contacto con el sexo opuesto, era como un respiro de aire fresco.

Y claro, está de más mencionar que con ellas y solo con ellas se nos permitiría entablar cualquier relación extracurricular. Algo así como para preservar un linaje aristocrático.

– ¿Qué te hace pensar que este día será diferente a los demás? – Cuestioné, dirigiéndonos a la salida. El clima era agradable, ni lo suficientemente cálido como para estar sofocados, pero tampoco lo suficientemente frío como para llevar una bufanda.

– Tengo un buen presentimiento. – Dijo, para acto seguido sacar un recipiente color verde y rosearse una generosa cantidad del contenido como para aromatizar un estadio.

– Y más perfume de lo recomendable. – Moviendo mis manos frente a mi

nariz para disipar el fuerte olor a pino que inundó nuestra retirada.

Ladeó los ojos, y subió sus hombros.

Faltaba poco para las seis de la tarde, y el escenario en tonos sepia me recordó a la Masacre de Texas, que quizás vería una vez llegara a mi apartamento.

Sí, mi familia era del interior, y, como suele suceder, "solo en las grandes ciudades solía haber suficiente desarrollo como para que una educación de calidad tuviera lugar" o eso aseguraba mi padre cuando externó sus intenciones de que estudiara en la misma academia que él, y ser así su virtuosa réplica una vez concluya mi educación.

Misma educación que ahora le permitía ostentar de una vida lo suficientemente holgada como para que mi hermana y yo tuviéramos las comodidades necesarias, aunque no estuviéramos bajo el mismo techo que nuestros padres.

Arthur Cave se había hecho un nombre en la industria inmobiliaria, y su esposa, Kaytlin Sierra era una castaña esbelta y reconocida corredora de bolsa que no resultó inmune a los encantos de tan alto y apuesto hombre, dando como resultado a su primogénita y mi hermana, Ágatha una copia exacta a mi padre, quien tenía como modelo a seguir a nuestra madre y que se encontraba en un país cuyo único en común con el nuestro era el idioma.

5 años después, como quien escribe su destino en piedra, nací y fui implícitamente elegido como quien asumiría el puesto vacante de mi padre una vez se retirara.

Producto de la solvencia de mis progenitores, se acordó en que viviría en un residencial con cuantas comodidades les solicitara, y así lo hice. Si iba a tener que pasarme tres años más lejos de mi ambiente habitual, quería que la estadía valiera la pena.

A menos de 10 minutos a pie.

Poco antes de pasar el umbral de la puerta, ya nos esperaban Bruno y Antoine, un par de... especímenes, cuyo mayor logro quizás haya sido aprender a amarrarse las agujetas.

– ¿Hueles eso, Antoine? – Haciendo ademanes con una mueca de desdén.
– Apesta a ambientador de cloacas.

– Sí, ese es el olor que exudan las ratas cuando quieren aparearse. –

continuó el otro, bloqueándonos el paso.

– Muy versados en el tema. ¿Acaso vienen de comprobarlo? – espeté, haciendo que el de acento francés me tomara del cuello de mi camisa.

– Eres muy valiente para superar apenas el metro cincuenta. – dijo, sin quitarme los ojos de encima.

– ¡Déjenos en paz, sólo queremos irnos de aquí! – intervino Matías, solo para que el otro lo empujara.

– ¡Cállate! Tienes suerte de que aún permitan el subsidio a indigentes como tú. De hecho, – acercándolo a él, jalándolo de su corbata. – yo no haría movimientos bruscos con ese color de piel. – Mirándolo desde arriba, acción que colmó mi paciencia.

Ahora fui yo quien empujó al que me tenía tomado del cuello, interponiéndome entre el idiota con pecas y mi amigo.

– ¿Discriminación racial? ¿No puedes ser más original? – Sí, Matías era unos cuantos tonos más oscuro que los demás, pero está de más decir que nunca el color de piel tendrá directa relación con las pocas o nulas neuronas que alguien pueda poseer. – Aunque viendo el ridículo copete que llevas, no se puede pedir más. ¿Acaso tratas de compensar algo? – Cierta rumor acerca de sus partes nobles se había expandido en las instalaciones a consecuencia de un fallido intento de seducción con una chica del instituto contiguo.

– Lo pregunta el que ni en cuclillas podría si quiera acercarse a mis hombros. – Dijo, estampándome en la pared con un golpe seco. – ¿No serás tú el que quiere compensar algo? – Continuó, sin intenciones de dejarme responder, pues su puño estaba a punto de amoratar mi cara.

– ¡Detente! – o eso pensaba pues, parece que el grito de Matías, ahora sostenido por el otro idiota, fue suficiente para alertar a Diego, otro de nuestros compañeros.

– No desquites tu despecho con los demás, Bruno. – Tomándolo del brazo, obligándolo a soltarme. Él era unos cuantos centímetros más alto que el brabucón y mucho más civilizado también.

Detrás de él se encontraba César, su primo y con quien Matías y yo compartíamos nuestros recesos cuando las obligaciones de ser el presidente estudiantil se lo permitían.

– ¡¿Qué caraj-?!

– ¿O quieres que les informe de tus pormenores? – Continuó pasivamente, fungiendo como barricada entre nosotros y ellos.

– ¡Ya vámonos! – vociferó, alejándose. Siendo seguido por su pusilánime secuaz.

– ¿Están bien? – preguntó César, mientras yo arreglaba el cuello de mi camisa.

– Sí. Gracias a Diego, no pasó a mayores. – Comentó Matías.

– Eres muy osado, Elliot. – Dijo el aludido, mostrándome una sonrisa burlona. – ¿Seguro que quieres ser agente inmobiliario y no abogado? – Preguntó, colgándose de mi hombro, encaminándonos a la salida.

– No está de más saber defenderse. – intentando no perder el equilibrio. – No estarán con nosotros el año entrante.

– No pensemos en eso, por ahora. – Exhortó César, estirando sus manos al frente.

Y pensar que, dentro de un año, ya estarán más cerca de cumplir con las obligaciones que los llevaron a estar en esta academia en primer lugar.

El tema de mi futuro era algo que solía evitar. Siempre se dio por sentado que mi carrera estaba decidida quizás incluso antes de nacer y, aunque sabía que eludir el asunto no lo esfumaba, al menos dilataba mi angustia un poco.

De hecho, no tenía emoción por nada en particular, y sería un sacrilegio si acaso insinuar algo así después de todo lo que se esperaba de mí.

Pero, sabía que esta fachada de conformidad tenía fecha de caducidad.

...

Cruzamos la avenida que dirigía a la academia de chicas. Ellas, al igual que nosotros, habían sido despachadas y ahora se aglomeraban a la salida.

Era común ver cómo solo en estos momentos ambos mundos coincidían y la pubertad se lucía en desconectar el cerebro de sus funciones motrices y neuronales.

Era divertido ver cómo uno a uno, ellas incluidas, cedían a sus emociones y torpemente intentaban mantener conversación con su sujeto de interés.

Si bien no era algo que me emocionaba en lo particular, me entretenía en demasía, y de alguna forma, terminaba imbuido en el ambiente.

– ¡Hola, Sofía! – saludó Matías a la razón de estar allí.

– Buenas tardes, Matías. – La chica era delicada y amable, un excelente partido, al igual que su amiga Charlotte, con quien solía conversar cuando los otros dos estaban ensimismados el uno en el otro.

– Me pregunto cuándo darán el siguiente paso. – Comentó la pelinegra a mi lado, mientras le dábamos espacio a nuestros respectivos amigos.

– Quizás el preámbulo es lo que los mantenga interesados. – dije recostándome del árbol al lado del banco donde se sentó ella.

A lo lejos, me fue posible ver a nuestros héroes con sus novias, quienes también de seguro tenían su vida planeada.

En este ambiente tan protocolar y diplomático, era imposible imaginar alguna disyuntiva que irrumpiera con la perfección que tan prestigiosas identidades se aseguraban en ostentar.

Sin embargo, lejos de ser reconfortante, mientras más lo miraba, también me era asfixiante, lo que me generaba culpa y cierta inseguridad con respecto a mi estabilidad mental por quejarme de lo que se supone no debía representar ningún conflicto.

– Elliot.

¿Qué estaba mal conmigo?

– Elliot. – Su voz era suave, pero demandante. Me había tomado de la manga de mi chaqueta. – ¿Sucedó algo? Te estaba llamando. – Ella era indiscutiblemente hermosa.

– Disculpa. – Dije moviendo mi brazo para simular sostener mi maletín. – Supongo que mis asignaciones me tienen más contemplativo de lo usual. – Comenté, sin contacto visual.

Si bien Charlotte me caía bien, no quería darle esperanzas.

Con tantos pensamientos pululando en mi cabeza, en poco más podía pensar, mucho menos en cortejar a alguien que no podía merecer menos que atención y tiempo.

Sin embargo, decir que era solo ese el inconveniente, lo minimizaría.

No recuerdo haber sentido atracción, o siquiera apego por alguien más que mi familia y aquellos lo suficientemente cercanos como para que me importasen.

Todo el tiempo, era como estar anestesiado. Como si temiera involucrarme con alguien más allá de la amabilidad y complacencia que este tipo de ambientes suscitan.

Quisiera no tener que guardar las apariencias. O, al menos, tener un motivo para mantenerlas más que las repercusiones de amenazar el estatus quo que podría perder si lo hacía, renegándome al escrutinio y rechazo de mi familia y allegados.

Tuve que aflojar mi corbata disimuladamente. Esa incómoda sensación de asfixia que era cada vez más frecuente se estaba haciendo en mi garganta.

– ¿Crees que les tome mucho tiempo? – Cuestionó, llevando un mechón de su cabello detrás de su oreja.

Estaba tensa, y no quería incomodarla, pero eso era mucho mejor que crearle falsas expectativas.

– Depende. ¿Qué tanto le gusta a Sofía el olor a pino? – la chica sonrió con disimulo, y eso me hizo sentir más aliviado.

Luego de unos minutos, el par se acercó a nosotros.

Después de despedirnos, tomamos nuestros respectivos caminos.

...

– Por cierto, mientras estabas en otro universo, se nos asignó un proyecto en grupo para abordar los avances aportados por Mesopotamia. – Ese día me tocaba acompañarlo a su apartamento. A diferencia de mí, Matías compartía su estadía en la ciudad con sus primos.

– De acuerdo. ¿Cuándo podríamos reunirnos?

– ¿Qué te parece mañana?

– Bien. – Mirando hacia el cielo. Últimamente, había estado nublándose sin precipitaciones.

– Mejor, a mal paso darle prisa. – Tomando un caramelo de menta para llevarlo a su boca. – Los chicos estuvieron quejándose de que poco o nada tenía que ver con economía o finanzas contemporáneas, pero supongo que para algo nos tendrá que servir hablar de divisas en desuso. – dijo

desinteresado.

Ya me gustaría tener una pizca del interés en el mundo empresarial como ellos, pero no podía hacer más que condescender y seguirles la corriente, después de todo, hacer lo contrario sería lo mismo que desertar al sentido común.

Quizás justo por eso la idea no me incomodaba. De hecho, era lo más cercano a salir de la tediosa monotonía a la que estábamos acostumbrados.

– Hablando de quejas, ¿llegaste escuchar algo acerca del incidente con el chico de tercero?

Había escuchado que dicho chico en cuestión había sido expulsado, pero los pormenores de su forzada retirada no salieron a la luz.

– Dispongo de la misma información que tú y todos los que fuimos informados del incidente. – comenté, indiferente. – Aunque, parece que sabes algo más.

– Dicen que fue exiliado por hacer trampa en un examen – Exiliado... que término tan idóneo para su despacho. – Fue encontrado infraganti con todas las respuestas escondidas en su manga. – Siguió contando el suceso como si se tratase de un evento insólito. – Y pensar que por ese desliz perdió todo lo que había conseguido hasta ahora, pues no creo que ninguna otra institución que no quiera arriesgarse a que se ponga en duda de su cátedra desee verse vinculada con un fracasado. – Exhaló hondamente.

Sus palabras fueron duras, pero certeras. Así era justo cómo se trataba a cualquiera que rompiera con la norma de perfección que la academia defendía a muerte.

– Tienes razón. – y yo no podía hacer más que condescender sus comentarios.

No dudo que, sometido constantemente a la presión de no defraudar a quienes pusieron altas expectativas en él, terminara por ceder y hacer hasta lo prohibido para seguir perteneciendo al círculo de influyentes que este tipo de instituciones promueven, donde no hay espacio para la mediocridad, ni mucho menos para los fracasados.

– Bueno, eso es todo por hoy. – Dijo, de pie frente a la entrada.

– Hasta mañana. – Me despedí y él hizo lo mismo.

Como de costumbre, me dirigí a mi departamento, unas cuantas cuadras más adelante, salvo que esta vez, me sentía más distraído que de costumbre.

Con poco más de dos años antes de entrar a la universidad, mi agobio no había hecho más que aumentar, y no podía evitar hacer más que repetirme por cuánto tiempo más seguiría sujeto a esta monotonía o, peor aún; si el resto de mi vida sería igual de monótona.

Sin embargo, es justo para mantener cierto nivel de previsibilidad que la monotonía permite predecir lo que ocurrirá, aunque haya forma de cambiarlo.

Me pregunto desde cuándo todo esto habría comenzado a hacerme ruido.

...

Las clases al día siguiente siguieron su curso, y como lo habíamos pautado el día anterior, nos dispusimos para hacer la asignación que presentaríamos la semana entrante.

Nuestro anfitrión sería Austin, un chico cuyo perfil encajaba perfectamente con el de estereotipo de nerd, salvo que más seguro de sí mismo y mejor corte de cabello, caracterizado con un copete que envidiaría incluso el mismo Clark Kent.

– No puedo creer que lo haya olvidado... – se lamentó, llevando sus manos a sus sienes.

Matías, Cristian, nuestro último integrante para formar el cuarteto y yo, dirigimos nuestra vista hacia el frente, donde se podían ver a obreros hacer trabajos al otro lado del cruce, donde se encontraba nuestro destino.

– Lo siento chicos, olvidé por completo que la vía estaba en reparación. – Se lamentó, mientras abría un mapa en su celular.

– Lo lamento joven Sinclair, yo no debí pasar tan importante detalle por alto. – Se excusó su chofer, entrado en años y con mechones canosos que se colaban por su sombrero.

– No pasa nada, Austin. – Dijo Matías, inclinándose hacia el chico, para ver el mapa. – Hay un puente peatonal cerca de aquí, podemos llegar caminando.

– ¿Estás seguro? Se ve un poco nublado... – Habló Cristian, de complexión menuda y mucho más bajo de lo que se esperaría de un adolescente, inclinándose sobre mí para ver hacia el cielo que, en efecto, variaba en

varios tonos de gris.

– Si nos apresuramos, llegaremos antes de que comience la lluvia. – dijo animado el más extrovertido de los cuatro, abriendo la puerta del auto, invitándonos a los otros tres a salir tras él.

Sin intenciones de intervenir, solo lo seguí y los otros dos no pusieron resistencia.

– Lamento el inconveniente, joven Sinclair. Daré la vuelta lo antes posible.
– El anciano se escuchaba apenado.

– No se preocupe, Felipe. – Lo confortó, mientras nos extendía unos paraguas que estaban guardados en el maletero. – Una caminata no nos hará daño.

– Veremos si dices lo mismo cuando terminemos resfriados. – Refunfuñó el único disconforme con esto cuando se le extendió el paraguas.

– Estaremos bien. – Aseguró Matías, adelantándose. Yo lo seguí unos pasos atrás.

– ¿No vas a decir nada, Elliot? – cuestionó Cristian al tiempo en que se escuchaba el auto alejarse.

– La residencia de Austin está a un par de cuadras, llegaremos antes de que comience la lluvia. – Dije, sin apartar la vista del cielo, que se oscurecía a cada paso.

Por alguna razón, pese al clima templado y la amenaza de un torrencial, me sentía relajado. Supongo que era el bienestar de que algo no saliera como estaba planeado.

Pese a las reparaciones que estaban siendo realizadas, el paso peatonal adosado al cruce del tranvía estaba despejado, por lo que solo nos restaba esperar a que la intermitencia de la señal que anunciaba el cruce de un tren cesara para que pudiéramos avanzar.

No era necesario que se quejara en voz alta, pero la ansiedad brotaba de los poros de Cristian al compás del tic nervioso de su pie al esperar al otro lado de la barandilla de seguridad.

Si no fuera porque Austin intentaba distraerlo, estoy seguro que habría saltado al otro lado poco antes de que el tren lo llevara consigo en su avance.

Matías, por otro lado, estaba sosteniendo un interesante cambio de mensajes de texto con Sofía que, por la frecuencia del sonido al recibir

uno, estaban más que imbuidos en la conversación.

Fue entonces en ese breve lapso que, mis ojos, como un imán se sintieron tentados a ladearse a mi izquierda, despejada, solo para perfilar una silueta lánguida, recostada en un muro, que se las arreglaba para encender un cigarrillo y cuya breve pero visible chispa al conseguirlo, logró iluminar momentáneamente su rostro.

Gracias a su oscura vestimenta, se fundía perfectamente con el ambiente, y el aura que desprendía era una clara invitación a mantener distancia.

Parecía que rondaba los veintitantos.

La gran parte de su piel visible estaba cubierta de tinta dispersa en figuras e inscripciones que quizás se definirían mejor a menor distancia.

El humo del cigarrillo se veía denso, como cualquiera de los nubarrones que se concentraban sobre nuestras cabezas, sin embargo, y pese a todo lo descrito, su rostro no era visible. Un largo mechón de cabello negro cubría gran parte de su cara y su ligera inclinación hacia el frente no hacía más que imposible la tarea de identificarlo.

Debo admitir que, quizás el innegable contraste que representaba su sola presencia en ese callejón debía sernos señal de alarma, o al menos a mí, pues los otros tres estaban absortos de su figura, y, aun así, yo estaba inmóvil, como bajo un hechizo, sin poder quitarle los ojos de encima.

Él era opuesto a nosotros en toda regla.

Un extraño retortijón se acunó en la boca de mi estómago al pensar en esa consigna, y mis músculos se entumecieron. La presencia de ese extraño entre las sombras me era intrigante y, a la vez, atemorizante, no solo por el perfil cuestionable que emanaba, sino porque no podía explicar, por qué me parecía tan fascinante.

No era difícil intuir que nuestros estilos de vida no podían ser más disímiles, además de la inherente diferencia de edad, y allí estaba, sin entender por qué no podía dejar de observarlo.

En aquel momento entonces, recordé que por esta intersección se encontraba el área limítrofe que daba acceso al arrabal de la ciudad. Burdeles, casinos, moteles, y cuanto establecimiento de dudosa legalidad se pudiese contemplar bajo el espectro de libertinaje, se abarrotaban entrada la noche con cualquiera que quisiera hacer gala de cualquier pecado capital.

En un instante, luces neón al fondo del callejón delimitaron su rostro, y lo siguiente que supe fue que, como dos témpanos de hielo, sus ojos de un

terrible azul profundo, parecieron quererme ahogarme en ellos, pues su expresión de desagrado empeoró aún más mi estado de desconcierto que, pese al pavor, no lograron apartarse de los de él.

No sé cuántos segundos pasaron, o si acaso llegué a parpadear en algún momento, pero él mantuvo con admirable resistencia una batalla campal de miradas en la que ni siquiera supe por qué yo estaba involucrado en primer lugar.

Un escalofrío incómodo me recorrió toda la espina dorsal, mi boca estaba mortalmente seca y mi respiración flaqueaba como si hubiera terminado una maratón.

¿Estaría al borde de un infarto?

Una disimulada curvatura ascendente mostró parte de su dentadura, y su expresión se revelaba ahora satisfecha, pero, ¿por qué?

¿Acaso él logró intuir por qué, pese a todo lo anterior, yo no apartaba mis ojos de él?

– ¡Elliot! – El grito casi me hace perder el equilibrio. – ¿Qué estabas mirando? – Preguntó, apoyándose de mi hombro, mientras yo recobraba la compostura.

Al volver mis ojos al callejón, la silueta siniestra, ya no estaba.

No lo habré imaginado, ¿verdad?

– No perdamos tiempo. – Dije, disimulando mi desconcierto, siendo el primero en atravesar las vías.

Estuve tan absorto en ese extraño, que ni siquiera me percaté del cesar de la alarma del cruce, el ruido del tranvía, o nada más.

¿Qué había sido todo eso?

Capítulo 4

Capítulo 3

Al día siguiente, y durante toda la noche, el suceso divagaba en espasmos de incertidumbre e intriga.

Si bien lo que más me consternaba del intercambio de miradas no era si habría ocurrido o no, el hecho de que haya sucedido "algo" ya era suficiente para que me incomodara.

¿Por qué no podía dejar de verlo?...

Ese día, también teníamos que reunirnos, y de nuevo, nos encontrábamos en la residencia del de anteojos.

– Debemos ir a la biblioteca. – Externó Austin, dirigiéndose a la entrada que daba a la calle.

– Pero para ir a la que queda en el centro, debemos pasar por el cruce de nuevo. – Se quejó Cristian, y eso bastó para que mis músculos se tensaran.

La sola idea de llegar a ver a esa figura (si es que en verdad existía) aceleró incómodamente mi pulso.

– Es eso, o darle la vuelta a media ciudad. – Agregó Matías, que, volvió a liderar nuestro avance.

Unánimemente, habíamos accedido a encaminarnos a pie, salvo que esta vez, nos encontrábamos en el lado opuesto del cruce.

Apretaba con fuerza mis uñas sobre la palma de mis manos para intentar disuadir a mi cerebro de la ansiedad que me embargaba.

No saber qué me estaba ocurriendo, me estaba causando migraña.

Desde allí no me era posible ver el callejón, y, eso debería haber sido suficiente como para que desistiera de mirar en esa dirección, y no podía evitar dejar de sentirme tentado a buscar lo que sea que vi ayer allí.

Como era de esperarse, nada ocurrió.

Eso debería ser buena señal, ¿no?

Aunque, lo que menos esperaba sentir era... decepción.

¿A qué se debía todo este humor que me tenía tan ajeno a mi usual ser?

Pese al sosiego que debería significar que, en efecto, nada ni nadie estuviera en ese apartado con poca iluminación al costado del cruce, me sentía intranquilo.

Aunque, quizás esto era lo mejor. De todos modos, ¿qué cambiaría si no hubiera imaginado lo que vi ayer?

A lo mejor me dejé llevar por la falaz idea de que, por absurdo y transitorio que fuese, algo que irrumpiera esta soporífica monotonía, sería suficiente para complacer a mi mezquina necesidad de que algo cambie.

Creo que esto era lo mejor.

De alguna forma, como el día anterior, me las ingenié para que mi estado divagante no se notara, y no me fue tan complicado mantener mi templanza usual, como un actor que tiene perfectamente ensayadas sus líneas y solo espera el momento idóneo para aparecer en escena.

Estaba acostumbrado.

...

Los días siguieron, y el recuerdo de esa figura en el callejón se desvaneció de la misma forma en la que vino.

Fue en uno de los recesos que, investigando más acerca de la economía de Mesopotamia, que reparé en un relato o, más bien, historia extraoficial de cierto personaje histórico cuyo trasfondo, suscitó más de una pregunta.

Movido por el morbo, recelo de que alguien llegase a percatarse de mi investigación, me sumergí en la vida y obra de Gilgamesh, y su estrecha relación con uno de sus lacayos, Enkidu.

Si bien datos de esta índole no suelen abundar ni mucho menos, ser plasmados en los libros de historia por su naturaleza... inmoral, cabe destacar que esos aspectos dan luz a características intrínsecas de su forma de pensar y personalidad.

Profundizando en este contexto, resulta que las prácticas homoeróticas entre colegas de juergas y cruzadas, eran más que comunes debido a que las féminas solían quedarse atendiendo las funciones del hogar y, como la testosterona nunca fue un obstáculo para el lívido, entre camaradas se ayudaban para "disponer" de sus necesidades físicas con prácticas que,

pese a no estar ilustradas en el artículo que encontré, sus descripciones dejaban muy poco a la imaginación.

Me pregunto quién se habría dado a la tarea de hacer tan exhaustivo trabajo y, con cuáles intenciones.

Fuera cual fuese el móvil, me hallé concentrado por al menos 40 minutos en escritos cuyos contenidos sobresaltarían a más de uno y, quizás era justo esta la razón por la que me sentía motivado a leerlas. Digo, no era que me sobrasen personas con quien abordar estos temas.

– ¿Qué lees? – O eso pensé.

– Tenía ciertas dudas sobre unos conceptos... – me apresuré a decir, mientras mostraba mi cuaderno de apuntes de química.

– ¿Y qué tiene que ver los enlaces de hidrógeno con Gilgamesh? – Matías podía ser perspicaz cuando se lo proponía.

– Supongo que una cosa llevó a la otra... – me excusé, despreocupado. – Vayamos por algo de tomar. – Cerrando la ventana de búsqueda en la computadora.

– De acuerdo. – Dijo acercándose a la salida, no sin que antes yo eliminara cualquier rastro de mi búsqueda en el historial.

De lo contrario, eso daría pie a preguntas que no sabría cómo justificar, ya fuera por su tipo o por mi motivación.

...

Al día siguiente, la presentación La Historia de los Estados Monetarios de Mesopotamia fue tan interesante como ver una gota de agua hacerle un orificio a una roca.

Para mi sorpresa, conseguimos la puntuación máxima, y, contra todo pronóstico, me sentía sofocado. No solo por tener que disimular mi incomodidad, sino porque no entendía a qué se debía esta constante contrariedad.

¿Por qué no me sentía satisfecho?

¿Qué me estaba ocurriendo?

¿Qué me hacía falta?

Los chicos, revitalizados a consecuencia de las calificaciones conseguidas, tenían ánimos de sobra para celebrar su hazaña, cuyo entusiasmo no compartía del todo.

– Invitemos a algunas chicas de la academia vecina. – Obviamente, quien sugirió esto, era quien tenía su interés amoroso en dicha academia.

- Solo si no tengo que pasarme el rato viendo cómo coqueteas. - Accedió Austin.
- Quizás alguna me haga sentir que anular mi vida social la semana pasada valió la pena. - Incluso Cristian se veía motivado - ¿No vienes, Elliot?
- Ah... No, tengo cosas qué hacer.
- ¡Vamos, Elliot! - Se colgó Matías de mi hombro. - Despejemos nuestras intelectuales mentes con féminas cuya belleza es mero adorno de su inteligencia. - Lo enamorado lo ponía bastante ingenioso.
- Alguien tiene que hacer la despensa. - Insistí. Y cualquier excusa sería válida en ese instante.

Por algún motivo, sentía la incipiente necesidad de huir de allí.

- Como gustes. - Concluyó Cristian, quien seguía de cerca a Austin.
- Nos vemos mañana. - Se despidió Matías, mientras yo tomaba el lado contrario.

Y, en cuestión de minutos, estaba lo suficientemente lejos del perímetro de la academia como para no ver a nadie que llevara mi mismo uniforme.

Caminé apresurado, sin rumbo fijo y sin saber por qué. Y me encantaría decir que mi respiración entrecortada era a causa de mi paso apresurado, pero en mi pecho los síntomas de una arritmia no hacían más que empeorar mi situación.

Tal fue mi sopor, que tuve que apoyarme de un poste para tratar de regular mi respiración, solo para darme cuenta de que me encontraba a pocos pasos del cruce, salvo que el lugar estaba demasiado oscuro como para poder descifrar exactamente dónde.

Y antes de si quiera cuestionarme cómo había llegado ahí, el estruendo de un relámpago tensó mis músculos, solo que, cual interruptor, los letreros neón multicolor cobraran vida sobre mi cabeza.

Como en días anteriores, el clima solo amagaba una llovizna que nunca ocurría. El cielo no era más que un lienzo cuyas tonalidades de gris no parecían tener intenciones de ceder siquiera una gota, por lo que no contemplé en tomar un paraguas esa mañana.

Recobrando el control de mis sentidos, quise disponer a mi cuerpo a retroceder, solo para que, cual polilla atraída a una lámpara, mi cuerpo se moviera por su cuenta hacia las profundidades de aquel espacio.

Mi sentido común flaqueaba mientras me sumergía cada vez más en ese ambiente abarrotado de nicotina, alcohol, y cuanta sustancia estuviera a

disposición de quien quisiera pagarla.

Las luces estroboscópicas de los letreros intermitentes perjudicaban mi visión, pero no ralentizaban mi avance. Los ruidos de distinta índole se mezclaban con la música a todo volumen de los locales, creando una orquesta de sensaciones que recorrían mi piel incómodamente, y que no eran lo suficientemente amenazantes como obligarme a irme.

¿Qué era lo que pretendía?

Mi boca salivaba insistentemente, y mis pasos eran cautos, como si temiera asustar a las ratas, escurridizas entre los botes de basura y escondijos a sus madrigueras, que también eran parte de aquella armonía de pasiones y deseos carnales.

Caminando con cautela, esquivaba las miradas de quienes posaban su desdén sobre mis hombros; y, no era para menos, ¿qué estaba haciendo un chico como yo en uniforme en aquel laberinto de callejones?

Sí, yo también lo quería saber.

Pero poco duró mi cuestionamiento cuando en mi desconcierto, choqué con un tipo robusto, cuyo fuerte olor a licor me hacía dudar de que no fuera una destilería andante.

– Disculpe. – Me apresuré a decir, sin hacer contacto visual, pretendiendo esquivarlo solo para que dos tipos más truncaran mi retirada.

– La guardería queda en la otra dirección. – Espetó un larguirucho, al tiempo en que me compartía el humo de su cigarrillo al exhalar mezclado con el vaho a alcohol.

En ese momento comencé a sentir a tope todas las sensaciones a mi alrededor, como si mis sentidos hubieran evolucionado en cuestión de segundos pues, todo se tornó completamente lúcido, solo para que una incontrolable agitación y la subsecuente sudoración me alertara de que estaba en peligro.

Sin embargo, lejos de sentir pavor, mi cabeza solo pensaba en maniobras de evasión.

– Sí, lo siento. – Dije, volviendo hacia atrás solo para que el tipo restante me jalara con brusquedad de mi maletín.

– Espera, ¿este emblema no es de esa escuela de ricachones? – habló arrastrando las palabras.

– ¡¿Qué?! – El más grandulón de los tres ahora me tenía sujeto de mi chaleco.

– ¡Ja! ¡Tienes razón! – Confirmó el otro tipo de atrás, viendo el emblema en mi pecho. – ¡Qué conveniente! – Esa exclamación fue suficiente para que la adrenalina en mi cuerpo estuviera a punto de provocarme un colapso.

– ¿Qué estás buscando, renacuajo? – el corpulento, que parecía el cabecilla de los tres, también mostraba signos de embriaguez, me tomó de la barbilla, para inclinarse más cerca de mi rostro. – Quizás podamos ayudarte... – Deslizándose ahora su pulgar por mi barbilla.

Un cosquilleo incómodo se acopió en la boca de mi estómago y yo estaba casi seguro de que vomitaría allí mismo si no escapaba.

– Y-ya me iba... – intentando zafarme, solo para que mi momentánea tartamudez delatara mi estado.

– Conocemos un lugar donde podrías relajarte... – Continuó el líder, solo para que los dos secuaces a mis espaldas rieran a coro. – ¿Quién sabe? Quizás puedas enseñarnos algo de lo que estudias en esa academia... – Acariciando con su otra mano el emblema de mi pecho, con demasiado detenimiento, descendiendo lentamente por mi abdomen.

Mis sentidos me pedían a gritos salir de allí a como diera lugar, y el hastío de tan incómoda situación no hizo más que agudizar el arrepentimiento de haberme inmiscuido en ese laberinto hacia el infierno quien sabe en busca de qué.

Regulé mi respiración y concentré mi energía en mis pies, mientras mis ojos buscaban algún hueco que me permitiera huir.

Y, aunque la apertura que vislumbra al lado de un bote de basura no era lo suficientemente amplia, era mucho mejor fallar en el intento que seguir inhalando el hedor de ese trío de ratas.

Procuré analizar la posición de los tipos a mis espaldas, mirando el lugar de sus pies rápidamente para luego calcular la distancia de inclinación del tipo frente a mí que, para desgracia y fortuna, era escasa.

– Vamos, no perdamos tiempo... – era ahora o nunca.

Mientras se inclinaba mucho más a mí, quizás para acariciar más tela de mi uniforme, logré atestarle un cabezazo lo suficientemente fuerte como para que el ruido del choque confirmara que lo hice caer de espaldas,

mientras él sostenía su nariz, derramando gotas de sangre.

Al tiempo en que todo esto ocurría, salté lo más alto que pude, procurando aterrizar en al menos a un pie de los otros dos tipos, empujándolos como pude lo más lejos de mí, haciéndolos tastabillar.

– ¡Hijo de perra! – escuché al primer abatido gritar mientras corría entre los callejones por mi vida, asumiendo que, si me alcanzaban, eso no sería una mera suposición.

– ¡Maldito! – vociferó uno de los esbirros, mientras sus pisadas se escuchaban peligrosamente cerca.

Escabulléndome entre sus homólogos que salían y entraban a bares y sitios de entretención diversos, me las ingeniaba para moverme y procurar despistarlos, sin éxito.

– ¡Está por allá! – la voz ronca del más robusto retumbó incluso por encima del ruido y la música, empeorando mi estado al borde de un infarto.

Tenía que salir de esa zona cuanto antes, pero considerando que de seguro eran personajes habituales de esta enramada de pasadizos, yo era el que estaba en desventaja si decidían sacarle provecho a mi nulo conocimiento del mapa, sin tomar en cuenta de que podría caer a merced de cualquier otra escoria que quisiera imitarlos o aliarse a ellos.

Miraba como loco a mi alrededor, siendo aturdido por los destellos neón y la música a tope que competían para desquiciarme mientras que en cada segundo que me detenía para continuar mi huida, mi energía se agotaba angustiosamente.

Cuando sentí mis piernas flaquear, me apoyé en un muro que colindaba a un pasadizo que de seguro era la entrada al inframundo, resplandeciente con una luz escarlata.

Me contraje contra la estructura rígida, esperando que me sirviera de escondite mientras recobraba fuerzas, pero, sabía que sería cuestión de tiempo para que me hallaran.

Mi tiempo estaba contado si no salía de allí, rápido.

El reflejo de mi rostro agotado sobre la oscura pantalla de mi celular con batería suficiente para si acaso 2 minutos confirmó que no solo el ambiente había oscurecido mi semblante, sino también mi alrededor.

La temperatura de mi cuerpo disminuyó casi precipitosamente, y el clima húmedo convirtió mi piel pegajosa al tacto y ni siquiera mi respiración

agitaba parecía llevar el suficiente oxígeno a mi cerebro.

El sonido de unas pisadas a mis espaldas, y la subsecuente mirada despectiva de la mujer con escasa ropa que salió tras de mí, me recordó por qué estaba apoyado allí y por qué debía irme antes de que fueran los que me buscaban quienes me sorprendieran.

Seguí avanzando con nerviosismo, temeroso de que las próximas pisadas más cercanas a las mías, fueran las de ellos.

Y, tras lo que me parecieron días, al fin alcancé a escuchar el característico timbre de la señal del cruce que daba a la civilización.

Mirando con cautela a mi alrededor, aferrado a por fin salir de allí, me moví con velocidad hacia el origen, solo para que, a dos callejones de llegar al área urbana, las tres figuras que evadía como loco, en cámara lenta, me divisaran a peligrosos 5 metros de distancia.

Para mi pésima suerte, en cuanto los vi, cuando pretendía huir nuevamente, tropecé con una lata de cerveza, lastimando mi pie y rodilla derecha en el proceso. Alcancé a levantarme antes de que se acercaran a mí y tiré una pila de huacales que sirvieran de barricada mientras me reponía, pero en clara desventaja, no sé por cuanto tiempo más podría correr antes de que me atraparan.

Y, lo peor ocurrió.

En mi desesperación no me di cuenta de que me estuve adentrando a un callejón sin salida.

El pánico expulsó como un puñetazo en mi estómago todo el aire restante en mis pulmones y que, si no se me ocurría algo rápido, dentro de poco no sería solo figurativamente.

– ¡No puede estar lejos! – no me fue necesario verme para saber que mi piel competía con la de un fantasma.

Resignado prácticamente a mi destino, solo me volteé a la salida de aquel pasadizo a esperar mi final.

Lamentando todas y cada una de las decisiones que me llevaron a estar allí, cual, condenado a muerte, comencé a pensar en cómo había sido mi vida o más bien, la ausencia de ella.

Había estado tanto tiempo en automático que, en mi posible lecho de muerte, me costaba pensar en algo que me hiciera querer moverme.

Comencé a temblar, pero, lejos de ser el pavor característico de estar a pasos de mi ejecución, mi malestar era a causa de percatarme de que nunca había sido feliz.

Quizás a los dieciséis era una premisa muy apresurada para asegurar que había sido un desperdicio hasta ahora, pero el hecho irrefutable era que me sentía vacío.

No lograba concebir un momento en el que hubiera agradecido haber estado con vida, haciéndome sentir miserable y patético.

Un sollozo ahogado escapó de mis labios sin percatarlo y temí como nunca por mi integridad.

Sin escapatoria, me resigné a esperarlos, lamentando solamente el no volver a ver a mi familia y a Matías.

Los pasos se hacían cada vez más cerca, sigilosos, como un cazador que no quiere asustar a su presa.

Mi respiración parecía querer romper mis costillas y podría asegurar que mis ojos estaban a punto de salir de sus órbitas.

Fue entonces cuando una mordaza de carne me contrajo sobre sí misma y un posible paro cardíaco estaba listo para manifestarse.

Capítulo 5

Capítulo 4

Por supuesto que mi primer instinto fue zafarme cuanto antes.

– Cálmate. – Una voz grave, que exhumaba claros rastros de tabaco y alcohol, pero lo suficientemente sobria, determinó que no se trataba de ninguno de los tres que me perseguían.

Aún seguía agitado, y por supuesto que tenía motivos de sobra para no confiar en un tipo que de la nada me pedía que me calmara.

Con un movimiento rápido, me chocó contra la pared de ladrillos contigua, sin quitar su mano de mi boca.

Su agarre era fuerte, pero no lo suficiente para lastimarme.

– ¡¿Dónde diablos se metió?! – La voz áspera del tipo destilaba rabia, odio y deseos irrefutables de venganza.

Mi cuerpo se estremeció al identificarlo y solo comencé a desear que mi corazón cediera por fin para lograr descanso.

Por mi estado catatónico, solo reparé en apretar mis ojos hasta que mis párpados se rasgaran.

Sin embargo, poco tiempo después, frías y finas gotas comenzaron a humedecer mi rostro.

– ¡Larguémonos de aquí! – Ya ni siquiera sé cuál de los tres habló, y no me importaba.

Al fin me había librado de ellos, pero ahora tenía algo, o más bien, alguien más de quien ocuparme.

En todo ese tiempo, su respiración mantuvo un ritmo constante y solo hasta que se aseguró de que estuviéramos solos, quitó su mano de mi boca.

Sin saber si ahora había pasado de mal a peor, estaba renuente a mirar a mi... ¿rescatador?

Mis ojos estaban fijados al suelo, mientras cada centímetro de mi cuerpo comenzaba a empaparse lentamente y mi respiración volvía a su ritmo

habitual.

Sin aparente apuro de iniciar la conversación, varios centímetros sobre mi cabeza, podía percibir su mirada taladrarme, a escasos centímetros de mí, mientras el olor a alcohol y cigarrillos era opacado por el petricor que inundaba mi nariz.

Me sostuve de la pared a mis espaldas, olvidándome por completo de dolor punzante en mi pie derecho unos instantes antes, clavando mis ojos a su vez en los zapatos de charol negro que brillaban bajo la tenue luz rojiza de un letrero neón que, por su intermitencia irregular y la estática que se escuchaba, no tardaría mucho en dejar de funcionar.

Fue entonces cuando, en un movimiento pausado, fue él quien se apoyó de la pared, sirviendo como toldo que diezmó las gotas de lluvia que caían sobre mí.

Sin estar seguro de lo que debía hacer ahora, me armé de valor para al menos ver el rostro de quien se aventuró a mi rescate, o de mi siguiente inquisidor, para quizás librarme de él con un acuerdo en el que ambos estuviéramos satisfechos.

No obstante, cual serpiente de uroboros, había vuelto al punto de inicio.

Toda lucidez desapareció en cuestión de segundos.

No sé si fue producto de la luz contrastante a su espalda, el cielo gris tan oscuro que parecía estar más repleto de tinta que de lluvia, o los remanentes de adrenalina que aún tenían mis sentidos en alerta, pero el azul de sus ojos parecían capaces de desprender rayos si se lo proponía.

Era él.

Estaba a escasos centímetros del tipo que, inconscientemente me había llevado a estar aquí en primer lugar, como si se hubiera tratado de una especie de imán o hechizo y que, ahora, parecía querer buscar respuestas.

Esto no podía ser mera casualidad.

Aún sin siquiera atreverme a emitir sonido, irremediablemente nervioso mis ojos, como podían, comenzaron a contemplar los rasgos de su rostro, percatándome de los detalles que, debido a la distancia aquella vez, se me hicieron imperceptibles.

Su nariz era perfilada, adornada con tres incrustaciones metálicas que parecían formar parte de él. Su rostro rígido y angular, armonizaban con el resto de sus facciones. Su mandíbula afilada parecía estar lista para

cortar a cualquiera que osara tocarla, si no era que terminaba lacerado por los rastros de barba que se asomaban sobre su piel.

Sus cejas oscuras y pobladas, la izquierda adornada con un piercing, enmarcaban sus ojos, tan hipnotizantes como aterradores. Del lado izquierdo de su cien se distinguía el rastro de una cicatriz que llegaba hasta su mentón, pero que en ningún momento desvirtuaba lo más llamativo de su apariencia.

De un azul eléctrico, pequeñas gotas de lluvia se columpiaban mezquinamente sobre sus largas pestañas, mientras él impedía que el resto de gotas cubrieran mi rostro.

– ¿Te gusta lo que ves? – Preguntó al fin, recayendo en que yo había estado contemplándolo silenciosamente quien sabe por cuánto tiempo.

Me sentía sobrecogido y la sonrisa ladina que me mostró luego, confirmó que consiguió lo que sea que quería con mi reacción.

– Bueno, quizás la respuesta no sea un misterio. Digo, – recostándose aún más sobre mí, acortando aún más los ya de por sí escasos centímetros que nos separaban. – me seguiste hasta aquí..

– N–no te estaba siguiendo. – ¡¿Por qué diablos tartamudeé?!

Con respecto a él, sus cejas se arquearon.

– ¿En serio? – Cuestionó en un susurro que emanó un ligero olor a licor. – ¿Qué podría traer a un estudiante de preparatoria a este arrabal? – Preguntó, arreglándome el saco. – ¿Algún proyecto escolar? – Continuó, en tono burlón.

Solo hasta ahora me había percatado que, lo que cubría gran parte de sus brazos no era un estampado; eran tatuajes.

¿Habré pasado de mal a peor?

Estaba nervioso y muy ansioso. Aún me cuestiono qué me movió a meterme en este laberinto de callejones, y allí estaba con el tipo a quien no había conseguido sacar de mi mente durante semanas.

– Quizás si llame a tus amigos quieras responderles a ellos... – girándose para exponer su cuello, también cubierto de tinta, siendo mi primer reflejo aferrarme a su suéter.

– No...– casi en una súplica.

Ni siquiera se inmutó y solo se limitó a pasar sus ojos de mi mano temblorosa en su tela y luego a mis ojos.

– Convénceme de no hacerlo. – Ahora su tono de voz era amenazante.

Nunca me había imaginado en una situación más bizarra. Era como estuviera siendo el espectador en tercera persona de lo que sea que estuviera ocurriendo en ese momento.

Mi piel se sentía fría, pero solo eso podía sentir. El resto de mi cuerpo parecía estar bajo los efectos de una anestesia.

Era un hecho que, consciente de ello o no, había sido movido hasta ahí por él. Pero, ahora que lo tenía frente a mí, producto de que ni siquiera entendía mis propias intenciones, no sabía qué más hacer a partir de entonces.

– No... no sé qué decir... – Supongo que sí me merezco esa paliza, después de todo.

¿Qué esperaba? ¿Qué pretendía?

– No soy nadie para cuestionarte, – Me arremetió contra el muro y solo hasta ahora confirmé que aún tenía pulso, pues mis latidos resonaban como un tambor en mis tímpanos. – pero con ese uniforme y tu apariencia tan vulnerable, ¿crees que fue buena idea adentrarte a esta boca del lobo?
– No, sé que no lo fue.

Así que, solo me restaba salir de allí.

O, eso quería.

– Pensándolo bien. – Agarrándome del cuello con brusquedad. – A lo mejor este sea el mejor momento para demostrártelo. – Mostrándome por primera vez sus dientes, con una sonrisa siniestra.

De pronto, todo nerviosismo y dubitación se esfumó.

En busca de una respuesta, vislumbré cómo había sido mi vida hasta ese momento, percatándome de que, si bien estar ahora frente a un potencial asesino en serie era lo último que esperaba para el fin de mis días, la premisa no me era tan avasallante.

Estaba tan hastiado de mi existencia que me aventuré sin rumbo, dando a parar en quien incentivó inadvertidamente este impulso.

Era mi némesis perfecta, y quizás lo que necesitaba para quebrantar mis

límites.

– Adelante. – Instigué, desafiante, viendo cómo fugazmente su rostro mostró una expresión de asombro que pasó a ser de avaricia.

Lo siguiente que sentí fue un fuerte golpe que extrajo todo el aire del que disponía, y cuya incipiente necesidad fue frustrada por el azote brusco de una sensación húmeda que inundó toda mi boca, para acto seguido obligarme a seguir el ritmo de lo intuía fue su lengua contra la mía.

– Recuerda que... tu accediste. – Pronunció con la respiración pesada, sin darme oportunidad de objetar.

...

Sus movimientos eran violentos, bruscos, ásperos. Apenas podía seguirle el ritmo, aunque no creo que esa haya sido su intención.

Nunca pensé que mi primer encuentro de tipo carnal sería con un tipo de dudosa reputación, y allí estaba, mezclando mi saliva con la suya, con un ligero sabor metálico gracias al piercing que maniobraba en su lengua.

En el apogeo de la excitación, con un sonido seco, mi maletín cayó a mis pies mientras el resto de mi uniforme, empapado a más no poder, desprolijo a causa de la efusividad de sus arrebatos, se pegaba a mi piel incómodamente.

Y, cuando al fin pensé que podría respirar, no perdió el tiempo en morder mi clavícula, percatándome solo hasta ese momento de que ya no disponía de mi corbata. A su vez, entre su cuerpo y el mío, solo la tela que nos cubría nos separaba.

En mi entrepierna comencé a sentir un cosquilleo incómodo que luego comenzó a hacer fuerza contra mi pantalón.

El dolor punzante hizo que dejara escapar un quejido, que en ningún momento lo dilató e incluso pareció motivarlo más.

Aferró sus manos a mis caderas, y continuó el vaivén de movimientos oscilantes de sus labios con los míos, cuya humedad era embriagante, cual afrodisíaco.

Todo esto era una locura en su máxima expresión que solo parecía ser exponencial con cada segundo.

Y no me equivocaba.

–H–hagamos esto, m–más interesante... – pronunció jadeante, mientras me volteaba contra los ladrillos. Y, antes de saber qué ocurría, lo siguiente que supe fue que estaba tragando una especie de píldora dulzona y picante que, no había que ser un genio para saber de qué se trataba.

Aún después de haber engullido esa cosa, continuó con el intercambio de saliva hasta que dejó reposar a mi cuello casi entumecido por la posición.

Pocos segundos después, entre los efectos del alucinógeno, el aire denso a nuestro alrededor y el flaqueo de mis sentidos, podía sentir cómo presionaba una rigidez hacia mi parte baja que, lejos de parecerme repulsiva, me dispuso en posición expectante.

Entre el aturdimiento y el salpicar de las gotas de lluvia, su risa se escuchaba como un murmullo mientras mi cabeza daba vueltas.

Me costaba mantener el conocimiento y, sin embargo, lo más preocupante era que no sentía temor. Quizás efecto secundario de lo que sea que me haya obligado a ingerir.

Apoyé mis puños contra la rugosidad de los ladrillos mientras escuchaba el metal de la hebilla de mi correa ceder al tirón que me propinó, y que aflojó mi pantalón.

Continuó presionándose contra mí, salvo que esta vez de mi boca escapó un sonido que no pensé que fuera capaz de hacer, y que mitigó cualquier fuerza de voluntad de la que dispusiera.

Entre el aturdimiento y su instigación a mi parte trasera contra su inherente erección, no limité sus intenciones de despojarme de la única tela inferior que separaba mi piel de la suya.

Poco después lo sentí exhortarme a separar aún más mis piernas, orden que no tardé en acatar, mientras se acomodaba entre el espacio disponible.

Me costaba estar consciente pero mi cuerpo se sentía ligero, incluso con la piel expuesta de la cintura hacia abajo, no sentía frío.

Continuó frotándose insistentemente contra mí mientras la anticipación me tenía ansioso, ya sea por su dilatación o la incertidumbre de lo que fuera a pasar después. El contacto era ligeramente cálido, pero en especial, rígido y extenso.

La oscilación de mi temperatura por momentos me hizo dudar si ahora experimentaba los primeros síntomas de fiebre, pero mi mente se nubló en cuanto lo sentí acercarme a él, al tiempo en que una de sus manos

tomaba mi miembro.

Con movimientos pausados, comenzó a estimular el área, haciendo que mi cuerpo comenzara a contraerse contra su pecho y mi respiración diezmará, al tiempo en que mordió el lóbulo de la oreja más próxima a su boca y continuó su hilera de besos húmedos por mi yugular.

– Relájate... – pronunció guturalmente, y como una orden, me costó sostenerme en pie.

Mi cuerpo, ya no era mío. Y mi juicio ya no me acompañaba.

Se aseguró de que me afincara nuevamente en el muro y, sin apartar su mano de mi entrepierna, comenzó a estimular mi entrada, causándome un incómodo tirón que, tras adentrarse más y hurgar con detenimiento el espacio, alcanzó un punto que me permitió escuchar su exhalo de victoria por el sonido que escapó de mis labios.

Siguió moviendo sus dedos dentro de mí, mientras yo no entendía cómo algo tan simple como eso me tenía delirando, emitiendo sonidos que no podría identificarse de otra forma que no fueran lascivos.

Poco después, la sensación de ausencia de sus dedos me hizo sentir vacío solo para que fuera reemplazada por algo mucho más grueso, extenso y rígido.

La presión con la que su respiración chocaba en mi nuca, a la vez en que su mano disponía a sus anchas de mi parte delantera, solo situó aún más mi famélico estado.

Pausadamente, se hizo paso hacia mis adentros, introduciéndose casi en su totalidad, permaneciendo en esa posición antes de comenzar a moverse moderadamente.

Su respiración estaba entrecortada a medida que nuestra piel tomaba ritmo y chocaba contra sí, y mi respiración inestable empeoraba.

Era una sensación extraña.

Nunca imaginé que experimentaría este tipo de estimulación, y me encontraba allí deseando que continuara; que el movimiento no cesara. Cada vez que conseguía alcanzar ese punto específico dentro de mí, sentía que en cualquier momento colapsaría.

Como oleadas, mi cuerpo sentía en ráfagas de euforia los efectos colaterales de su doble estimulación, mientras yo no podía omitir mis gemidos, y los de él se intercalaban con una que otra mordida en mis

hombros.

En un momento, me obligó a ladearme para continuar su contienda ahora con mi lengua y la suya, en la que claramente estaba ganando.

Mientras más permanecíamos así, con más agilidad se movía, arremetiendo con toda propiedad en mi interior, despojándome de todo juicio e inundando cualquier otra sensación de placer y excitación, pero no me era suficiente.

Y, como si hubiera leído mi mente, aceleró sus convulsiones y mis cuerdas vocales expusieron la genialidad de su hazaña.

Estaba maravillado, en completo éxtasis mientras mi interior se deleitaba con su extensión, que me tenía a su merced. Y tanta fue la placidez que, mi cuerpo cedió a la estimulación, haciéndome eyacular poco después.

Una risa contenida se escuchó pese a la lluvia, y ahora la mano que sostenía mi miembro, maniobraba hacia uno de mis pezones y comenzaba a estimularlo, agotándome aún más.

Para mi suerte, mi cuerpo al fin tendría descanso pues después de un rugir que retumbó en mis oídos, lo siguiente que sentí fue cómo se escurría su descarga desde mi interior hacia afuera.

Ojalá pudiera recordar qué pasó después.